

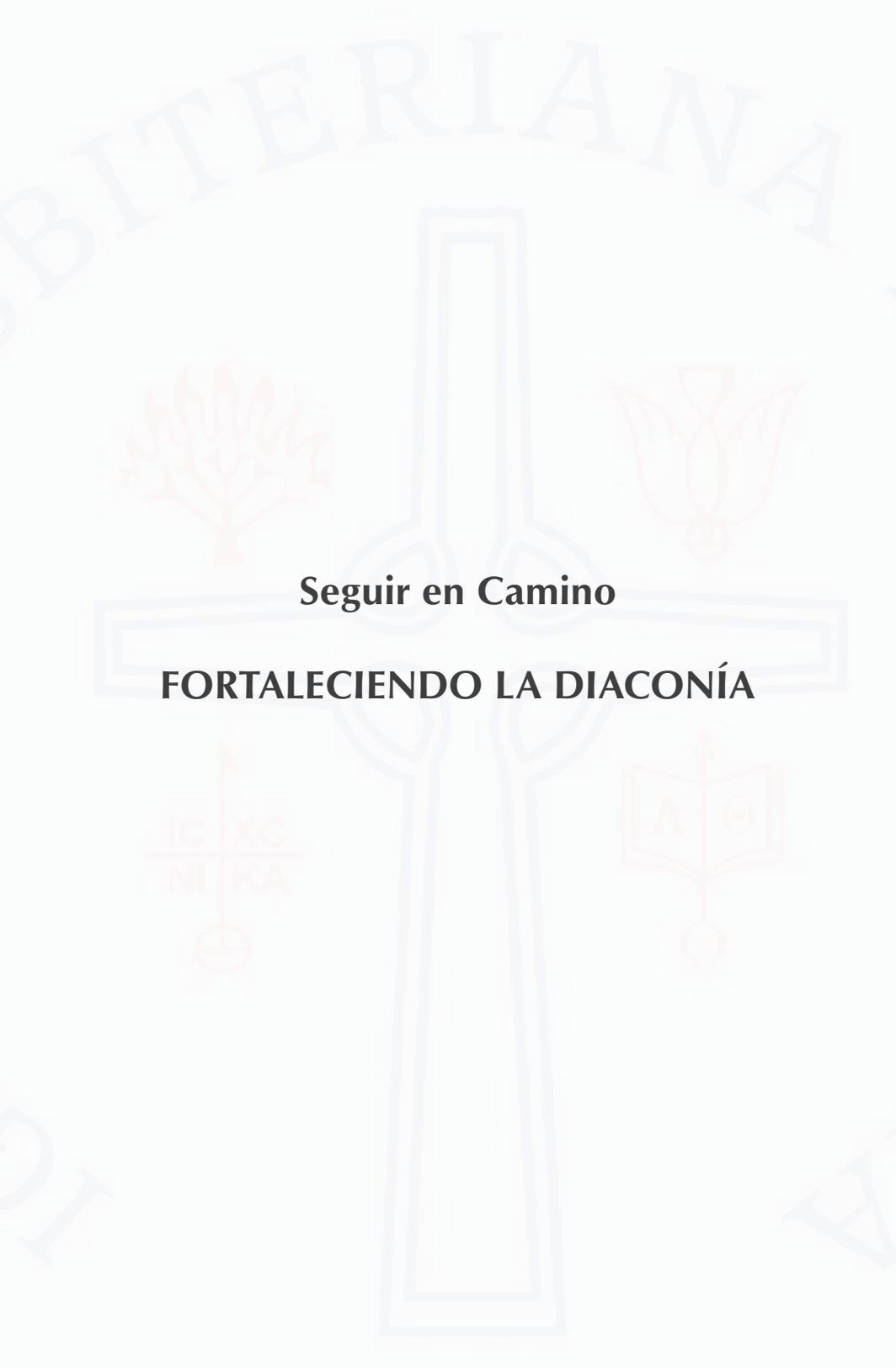
apenas ha sido engendrada, falta gestarla, falta parirla, hacerla crecer y que luego corra por los campos y las ciudades. El Camino hacia la paz apenas comienza, se hace necesario la implementación y el cumplimiento a los acuerdos. Se hace necesario la participación de todas las instituciones comprometidas sin dudar por la reconciliación del país.

Se hace urgente plantear nuevos modelos diálogo en condiciones de igualdad entre todos los sectores dado el contexto histórico de nuestro país. Desde la perspectiva pastoral encontré un tema realmente refrescante para la tarea de la iglesia y la sociedad colombiana en la actualidad: la reconciliación. Nos encontramos en el punto de quiebre para caminar hacia la paz y la reconciliación. Me llama mucho la atención este término, del griego usado en todo el nuevo Testamento en los escritos de San Pablo: *Katallásson*. Reconciliación, en un verbo de sentido político, usado para representar los acuerdos de paz entre los reinos, las familias o las personas. Con este término se explica la acción en la cual la víctima ofrece la oportunidad para que el victimario reconozca su daño y repare la víctima. Es un verbo con sentido político más que moral. Indica la acción que la parte ofendida hace para reconciliarse con el ofensor. El rechazo a la reconciliación es el pecado o verdadero acto de inmoralidad.

El pueblo colombiano en el marco de acuerdos de Paz entre el Gobierno y FARC, sentencian un largo camino, en el cual no solo las instituciones educativas y sociales, sino también las comunidades eclesíásticas, civiles, tienen el carácter imperativo de la reconstrucción del país con nuevos elementos para la vida integral de las personas y la paz con justicia social.

No sé si Isaías estaba loco cuando escribió estas líneas, pero quizás “el León pueda comer pasto y las víboras ya no tengan veneno, el lobo y el cordero pasten juntos”. Los que sí es seguro es que es el momento de entregar las armas de hierro (armas que ya la FARC entregó, faltan otros actores) es el momento de desarmar nuestras mentes, nuestros corazones, nuestras palabras, nuestros gestos y dejar que el espíritu de Dios haga las transformaciones para que el Reino de Paz se acerque a la tierra. Es por lo que en este acto público les invito como gesto de reconciliación a darnos un fuerte abrazo de paz. Dios Bendiga a Colombia, Dios bendiga nuestro Departamento, Dios bendiga a Dabeiba.

Dabeiba, julio 11 de 2018.



Seguir en Camino

FORTALECIENDO LA DIACONÍA

Una Diaconia para el Desarrollo Sostenible y la Paz en Colombia

Milton Mejía.

Profesor de la Unireformada y

Pastor de la Iglesia Presbiteriana de Colombia.

“La paz les dejen; mi paz les doy. Yo no se las doy a ustedes como la da el mundo. No se angustien ni se acobarden”.

Juan 14:27. NVI.

Contexto Colombiano

Al leer las memorias, testimonios, experiencias y reflexiones teológicas que se han compartido en este libro aprendemos sobre el compromiso de transformación social que ha mantenido la Iglesia Presbiteriana en Colombia durante más de 160 años. Este compromiso nos desafía a pensar en cómo fortalecer una diaconía que contribuya a un desarrollo sostenible que nos permita convivir en paz en Colombia. En esta perspectiva en nuestro país tenemos muchas razones para asegurar la implementación de la agenda 2030 ya que fue uno de los países precursores en su diseño desde la Conferencia Río+20 en 2012 y ha sido pionera en la inclusión de la agenda en sus instrumentos de planeación, como los planes de desarrollo y el CONPES sobre ODS. Además, estamos ante una oportunidad histórica, en la que con la terminación del conflicto armado se podría avanzar decididamente hacia el cierre de las brechas de desigualdad que tenemos. Esto requiere promover diálogos participativos, aprobar las políticas y los programas necesarios para poner fin a la pobreza en todas sus formas, reducir las desigualdades, tener la garantía de poder vivir en un territorio ambientalmente sostenible, y la seguridad de contar con una sociedad pacífica, inclusiva y resiliente (ODS en Colombia).

La interdependencia de estos objetivos es el mejor camino para hacer realidad una paz sostenible, duradera y completa. En efecto, Colombia tendrá paz plena si avanza hacia el desarrollo sostenible, y al mismo tiempo, el desarrollo sostenible no es posible sin la paz completa. La interdependencia e integralidad enriquecen los propósitos de la Agenda 2030 y plantean la necesidad de definir su cumplimiento a través de políticas públicas intersectoriales, multinivel, con una visión

de largo plazo, pensadas de forma diferencial, basadas en datos desagregados y adecuadas a los contextos de la diversidad regional y cultural que tenemos en Colombia (ODS en Colombia).

Si bien los últimos gobiernos han incluido la *Agenda 2030* en sus planes de desarrollo, según un informe de la Contraloría General de la República (CGR) en 2019, Colombia está en una fase considerada como insuficiente, bajo y medio de preparación de las estrategias que permitan avanzar hacia el cumplimiento de los ODS. En este la contraloría indica que ha habido poca difusión y sensibilización sobre la importancia de los ODS a nivel nacional con los diversos actores interesados, el mapeo de ODS posterior a la formulación del PND 2014-2018 y el proceso de formulación de CONPES 3918 fue poco participativo, aún no se han identificados los grupos vulnerables que necesitan mayor atención y hay insuficiente visibilización en aspectos de género (Contraloría, 2019).

La evaluación de la Contraloría además dice que en el país ha habido avances en asistencia escolar y en participación de la mujer. La mortalidad infantil se redujo casi la mitad en los últimos 13 años y tres de los cuatro indicadores en protección del medio ambiente superaron el 90%. “No obstante, persisten brechas en el nivel de bienestar entre grupos poblacionales y regiones. Una de cuatro personas en zonas urbanas sufre de pobreza y uno de dos en zona rural. La pobreza se concentra en las regiones del Pacífico y del Caribe, con altas poblaciones indígenas y afrodescendientes y tasas de pobreza que superan el 50%, cinco veces la de Bogotá”, señala el informe. También añadió que “el 25% de la población vive en zonas rurales, de la cual el 47% carece de acceso a agua potable; el 94% a alcantarillado y saneamiento, y el 12% es analfabeta. La tasa de pobreza en la población desplazada triplica a la nacional y la de pobreza extrema, la cuadruplica” (Contraloría, 2019).

Por su parte, en cuanto al logro de la paz, las esperanzas que había subsistido el acuerdo de paz entre el gobierno colombiano y la ex guerrilla de las FARC EP, para superar el horror de la guerra que hemos vivido por más de 50 años aparece cada día más incierta ya que continua el asesinato de líderes sociales y de personas en proceso de reincorporación a la vida civil. También, continua el aumento de las dinámicas de violencia en varias regiones y se incrementa la presencia militar de los Estados Unidos en nuestro país. Ante esta

situación vemos una inacción del gobierno nacional para enfrentar a quienes atacan a las comunidades, también observamos lentitud en la implementación del acuerdo de paz y falta de voluntad política para reiniciar los diálogos en el ELN. Sentimos incertidumbre frente al futuro de la reincorporación en perspectiva de estabilización social y económica de cara a una integración comunitaria y arraigo territorial de quienes han hecho dejación de las armas. Además, con la crisis generada por el Covid-19 y el manejo que el gobierno está dando a esta pandemia muchos sectores de la población civil están empezando a vivir una doble vulneración a sus derechos, especialmente en regiones de mayor intensidad de la violencia y donde ha predominado la pobreza (Dipaz, 2020).

Perspectiva Bíblica

En la búsqueda por encontrar una perspectiva bíblica que ayude a fortalecer el trabajo de una diaconía para el desarrollo sostenible que produzca paz, nos encontramos con Juan 14, donde Jesús se está despidiendo de sus seguidores ya que pronto será arrestado y asesinado en la cruz por las autoridades judías y romanas. En este contexto, Jesús pronuncia las palabras que citamos en el versículo 27 donde hace una diferencia entre la paz que el deja y la paz que da el mundo. Para Jesús es claro que la paz del mundo es la paz romana que las autoridades judías han asumido como suya. Jesús estaba siendo víctima de este tipo de paz por medio de la vigilancia que le hacían, la persecución que sufrió y finalmente será colgado en la cruz, castigo que tenía el imperio romano reservado para los rebeldes políticos. La paz romana permitió el control e imponer el modelo de desarrollo imperial en muchos territorios ya que estaba soportada en lo militar y en la eliminación de quienes consideraba como enemigos.

Antes, este panorama de gobiernos que no ponen en el centro de sus planes los recursos para que sea posible un desarrollo sostenible que nos permita vivir en paz nos podemos sentir, a lo mejor, como Jesús y sus discípulos angustia, desesperanza y miedo. Ante estos sentimientos, Jesús nos invita a no angustiarnos y que no nos acobardemos dado que solo con valentía podemos hacer realidad y vivir la paz que él nos deja, la cual de acuerdo con lo que él vivió y enseño está soportada en la no violencia, en la reconciliación y en la búsqueda de justicia, especialmente para los grupos más vulnerables y para

quienes son víctimas de conflictos. De esta manera, somos conscientes que la paz que Jesús nos da no es fácil de construir ya que por momento vemos que se imponen lógicas y acciones de violencia que nos producen angustia y miedo, pero somos conscientes que se necesita valentía para no seguir estas formas de pensar y actuar que siguen generando nuevos ciclos de violencia.

Por eso, a partir de esta perspectiva teológica, creemos que para fortalecer un trabajo de Diaconía para el desarrollo sostenible y la paz en la Iglesia Presbiteriana de Colombia es necesario valorar que somos una iglesia nacional con una larga historia de peregrinación que ha sido enriquecida por su gran diversidad teológica, pastoral y en la forma de ser iglesia en cada región y contexto donde hay una comunidad de fe presbiteriana. La imagen de peregrinación en una diaconía que contribuye a la búsqueda de justicia y paz implica un “viaje transformador al que Dios nos invita” en el cual afirmamos claramente la diaconía como práctica social que responde a los signos de los tiempos (Diaconía ecuménica, 2107), donde las iglesias se comprometen en una caminar en sus comunidades y regiones articuladas a nivel nacional e internacional para ser transformadas y transformar el mundo en que vivimos en un lugar donde podamos vivir la paz como fruto de la justicia.

La Iglesia Presbiteriana ha expresado en su historia este peregrinaje en con el lema: “Unidad en la diversidad” que tiene su soporte bíblico en 1 Cor. 12:12, donde Pablo considera que la diversidad de ministerios y la comprensión diferente que cada miembro del cuerpo de Cristo tiene frente a la misión del Reino, no nos hace enemigos, sino solidarios; lo que se logra cuando somos capaces de mantener el diálogo fraterno y civilizado y cuando el respeto por la pluralidad nos conduzca a nuevas formas de extensión de Reino de Dios (“Solícitos en guardar la Unidad”).

Fortaleciendo la diaconía

Vivir esta perspectiva la unidad de la Iglesia permitirá que fortalezcamos la misión nacional donde son importantes los procesos de educación bíblica, teológica y de análisis de nuestra realidad desde la tradición reformada dirigida a toda la membresía de nuestras iglesias y a las comunidades para que podamos captar el llamado que Dios

nos hace a estar en permanente proceso de reforma. Una misión y diaconía soportada en la educación con estos componentes permitirá que amplíemos los programas de servicio a los grupos y sectores más necesitados de las comunidades donde tenemos presencia y reconocer las diversas formas y mecanismos de injusticia social que se han instalado en los entes que gobiernan nuestra sociedad a nivel local y global.

Un aspecto importante que requiere la diaconía en la búsqueda de justicia o diaconía profética como se le ha conocido, es el trabajo en incidencia política; que permite ayudar a las personas necesitadas, defender su dignidad humana y los derechos que tienen como parte de una sociedad, así como apoyar procesos que promuevan la justicia, la paz y el cuidado de la Creación. La diaconía, ya sea en las iglesias locales, las instituciones diaconales o las agencias internacionales, tiene como objetivo promover el bien común; su acción está dirigida a todos los seres humanos y no solo a los cristianos. Para hacer incidencia en esta perspectiva se requiere hacer alianzas con otros actores de la sociedad y hoy se valoran las creencias como importantes fuentes de motivación para luchar por un futuro mejor. Por lo que estamos ante una oportunidad única para que los agentes de diaconía establezcan alianzas con otros actores sociales, afirmando sus esperanzas y aquello que las distingue. Además, de afirmar la identidad y competencias únicas de los actores religiosos, y dar un nuevo impulso al compromiso de salvar vidas, luchar por la justicia y un mundo mejor (Diaconía ecuménica, 2018).

Es importante indicar que la diaconía conectada con la incidencia para tener políticas públicas y programas que afirmen la dignidad humana y el cuidado de la creación no busca solamente contribuir con el desarrollo ya que este generalmente se limita a lo económico y hoy es necesario incluir componentes políticos, sociales, ambientales y culturales, por lo que es necesario una incidencia con el propósito es transformar la sociedad, donde, la transformación insta a todos los asociados implicados a hacer un análisis crítico de sus actitudes, estilos de vida y patrones de acción. En ese contexto, la transformación tiene una clara connotación teológica, ya que refleja el llamado de Romanos 12:2: “no se conformen a este mundo; más bien, transfórmense por la renovación de su entendimiento”, escuchando “la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta” (Diaconía ecuménica, 2107).